



# EL MUNDO ALEGRE

se publica quincenalmente, formando un cuaderno de 32 páginas en un todo igual al presente.

Lleva artículos y poesías de nuestros principales literatos, retratos y caricaturas de los mejores dibujantes.

UN NÚMERO SUELTO

10 CÉNTIMOS.

*Por suscripción:* UN SEMESTRE, Una peseta.

A los corresponsales se les remitirá la liquidación á fin de cada mes, y dejará de serlo el que no haya satisfecho el importe de su cuenta antes del día 10 del mes siguiente.

ADMINISTRACIÓN

TESORO, 5, BAJO.

Y

KIOSKO DE LA UNIVERSIDAD,

*Plaza de Santo Domingo.*

Horas de despacho: en el primer punto de 2 á 6; en el segundo, todo el día hasta las doce de la noche.

# EL MUNDO ALEGRE.

## PERIÓDICO QUINCENAL,

QUE PUBLICA

POESÍAS Y ARTÍCULOS INÉDITOS

DE LOS

PRINCIPALES LITERATOS

Y DIBUJOS DE LOS

MEJORES ARTISTAS.

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA

---

ADMINISTRADOR—PROPIETARIO:

JULIAN RODRÍGUEZ.

---

CUADERNO 8.<sup>o</sup>—SERIE 1.<sup>o</sup>

Precio: 10 céntimos.

---

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,  
TESORO, 5, BAJO,  
MADRID.

---

MADRID: 1890, — IMPRENTA DE JOSÉ CRUZADO, DIVINO PASTOR, 9.

© *Biblioteca Nacional de España*



## EL MUNDO ALEGRE.

---

### RESUMEN RECREATIVO.

¡Cuán veleidoso es el público!  
¡Qué voracidad la suya para  
consumir noticias!

Ya nadie se acuerda del boa  
de Cavana.

¡Desgraciado cuanto modesto  
reptil!

Tal vez gime ó silba lamentando  
su esclavitud bajo el poder  
de un tirano.

¿Y el león de Alpera?

¿Y el tigre de Almería?

¡Quién sabe!

Todos infundios.

Todos en el olvido, quise decir.

¿Para qué sirve esa sociedad  
de animales y plantas?

Fieras huérfanas, reptiles  
extraviados, nadie piensa ya en  
vosotros.

La prensa todo lo gasta.

La política todo lo absorbe.

Y las obras artístico-literarias,  
aumentan la distracción  
del público frívolo.

Ya ha empezado el movimiento  
teatral.

Y el meneo teatral de invierno.

El primero ha sido para el  
primer estreno en el teatro de  
Eslava.

No cabe más equidad.

El público no ha consentido  
que pase el primer estreno sin  
los honores de ordenanza.

En semejante sitio, salvo la  
parte, ha gritado tantas obras

el auditorio, que no cabría la lista en una sombrerera de don Bonifacio.

Los pueblos progresan.

No pueden sustraerse á la influencia del fin de siglo, como dicen los escritores *cursiles*.

Ya les ponen faltas aun á las pantorrillas de las vírgenes del coro.

¿Por dos reales ó cincuenta céntimos, qué pantorrillas querrian los aficionados que les enseñoran?

¿Las de la señora Baeza?

Eso es pedir gollerías.

Pero todo esto es efecto de la influencia del fin del siglo.

Las ascensiones en globo, siquiera sea cautivo, envanecen y hasta marean á las gentes.

Esta es la novedad más notable en nuestros días.

En otras capitales extranjeras ya están hartos de disfrutar ese adelanto.

Pero en Madrid no estábamos acostumbrados á subir, pendientes de un globo.

Se elevaban los hombres políticos y algunos literatos y artistas, unos con gas y otros á humo de paja.

Me temo que el globo cautivo no sea buen negocio.

No por falta de curiosidad y de entusiasmo científico-dominical, ni de valentía.

En Madrid hay hombres suficientemente científicos para

subir colgados de un globo, por descubrir algo nuevo en beneficio de su patria, y para colgarse de la cadena de un reló.

Y hombres sobradamente bravos para elevarse en un globo amarrado y llegar hasta el mismo fin del cable, y hasta la bóveda celeste ó sea hasta el cielo raso: según esté el tiempo.

Cuando llegue la temporada de los globos de ida y vuelta, aumentará en cantidad la clase de aeronautas, aunque pierda en calidad.

Porque ahora no pueden proporcionarse la satisfacción del ascenso más que los chicos de Rostchild, el cuerpo diplomático extranjero, los tenores de ópera italiana, generales y matadores de toros de lujo.

Cinco pesetas por flotar en el aire, no puede pagar la mayoría del vecindario fijo ni aun del flotante.

Suponen los émulos de España, que hemos venido á menos.

No es verdad.

El que ha venido á menos es el dinero.

Algunas personas se contentan con devorar unas chuletas en la Venta, mirando al globo, para formarse la ilusión de una merienda aérea.

Otros sugelos esperan su elevación con paciencia.

—Volaremos á peseta—opinaba un transeunte.



DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Otro preguntó el domingo «en el establecimiento del globo:»

—¿Me permitirán ustedes ver la corrida de Beneficencia desde arriba?

—No hay inconveniente—le respondieron—pero tiene usted que pagar los ocho toros.

—¡Ocho duros!

—No, señor: nueve ó diez mil pesetas, precio reducido; lo que le cuestan á la subcomisión provincial; vamos, precio de fábrica.

¡La corrida vista desde el globo!

¡Qué espectáculo tan nuevo!

Es como ver una corrida de microbios.

El porvenir es de los globos aerostáticos, y de los submarinos y de los subterráneos; de todo lo extraordinario hoy, de los grandes inventos.

Quisiera vivir para el año 2890, pero sin cesantía, vamos, de un tirón y conservándome bien; siquiera como se conserva Carulla, á pesar de ser joven relativo.

Cuando el precio de las ascensiones aéreas disminuya, no habrá quien no realice sus aspiraciones altivas y atrevidas.

Los padres llevarán á sus hijos, para contribuir á la elevación de sus sentimientos.

El marido proporcionará esa distracción á su esposa y aun

á su mamá política, alguno de ellos, aunque no sea más que para ver si ésta se marea, ya que no pueda *desprenderla* desde la canastilla, como él para ella quisiera.

El amante de aspiraciones levantadas, no invita á su amada á espectáculo más digno al par que modesto. ¡Un paseo en globo y si pudiera ser, á dúo, sin concertantes ni otra voz ni voto, *à por moi*!

¿Y para los suicidas?

No hay medio mejor, ni más limpio ni más certero.

—Pues mire usted—me decía ayer un caballero—desde el globo distingo y perfectamente las facciones de todos los espectadores de la plaza. Podría ir diciendo, uno por uno, quién es....

—¿Sería de los amigos y conocidos?

—No, señor, de los que nunca he visto.

—Pero, don Fulano.....

—Sí, señor, y apuesto: que me los vayan presentando luego y yo iré diciendo: «Ese es uno; ese es otro,» sin precisar nombres, por supuesto.

Lo mismo replicó un chico quebrado de la lengua, ó sea tartamudo, que á pesar de esto no pudo contenerse:

—A...a...ca...cabáramos; a.... a... así digo yo quiénes son los ve...ve...vecinos de China y has-



ta me co...co...corro á decir: acertar ni por casualidad una  
 -Ese es *Telín*; ese otro es *The*. vez.  
 y, así sucesivamente, pero sin EDUARDO DE PALACIO.

## RAREZAS.

Para costumbres raras y peregrinas,  
 nadie como Benito Guardamalleta,  
 hijo de un fabricante de papalinas  
 que nació el mismo día que Hurzaeta.

Se daba en las narices baños de asiento,  
 evitando á su sangre perturbaciones,  
 sin tomar muchos días más alimento  
 que lintura de iodo con chicharrones.

Las lombrices le hicieron mil jugarretas  
 por comer caramelos en demasia,  
 y se gastó en colirios muchas pesetas  
 para curarse el asma que padecía.

Tuvo viruelas locas siendo leniente,  
 y adquirió la costumbre bien poco sana,  
 de almorzar por la noche generalmente  
 y cenar á las ocho de la mañana.

Cuando en días lluviosos tomaba un coche,  
 le contaba al cochero su vida entera;  
 pero no se acostaba ninguna noche  
 sin pegar cuatro azotes á la portera.

Se ponía las botas primeramente  
 y después se ponía los calcetines,  
 y se untaba las cejas con aguardiente  
 para alternar con chulos y matachines.

Se metía en el baño con sobrefalda  
 y á cazar codornices iba Benito  
 con el perro colgado sobre la espalda  
 y el morral arrastrando de un cordelito.

Para evitar que el fuego de sus pasiones  
estallase á la vista de unas enaguas,  
se pegaba pellizcos en los talones  
al compás de la polka de los paraguas.

¡Bien lo dicen en Cádiz y en Filipinas,  
y en París, y en Getafe y en Oroquieta,  
para costumbres raras y peregrinas,  
nadie como Benito Guardamalleta!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

## LA PRENDA MISTERIOSA

En la isla de Triquiquin, habitada por los indios chaupanes, reinaba la calma desde que el rey, para dar una prueba de su amor al país, había mandado guisar con zanahorias á sus seis ministros responsables.

Los hombres más ilustres de la isla, indios eruditos, que asombraban con su ciencia á todos los demás habitantes, aconsejaron al rey que obsequiara con un buen guisado de ministro á las ministras Viudas, y este rasgo de diplomacia doméstica conquistó al monarca el amor de su pueblo.

Las madres iban á llevarle pedazos de hijo asado á la parrilla para probar por este medio sencillo, á par de apetitoso y elocuente, todo el amor que profesaban al soberano.

Todo era júbilo en la isla de Triquiquin el día 9 de Junio de 1890. El mar había arrojado á la playa diez ó doce cadáveres de ambos sexos, náufragos de un vapor francés que se dirigía al Pacífico, y este acontecimiento despertaba los instintos feroces de aquellos salvajes.

— ¡Cuánta carne! — decían ellos aplicando la nariz al rostro de los infelices náufragos.

— No comáis eso, que os puede hacer daño — objetaban las personas mayores dotadas de experiencia.

El rey se distraía en el jardín de su palacio, arrancándose con dos piedrecitas los pelos de la nariz. Esta era una costumbre que había adquirido hacía algunos años. Una de sus ciento diez esposas raspaba con una concha el cuero cabelludo de uno de los principitos, y procuraba dejarle la cabeza lo

mismo que un queso de bola,

Entretenida en tan dulces placeres se hallaba la familia real, cuando penetró en el jardín el jefe de las aduanas de la isla.

—¿Que quieres, Misquis?—le preguntó el rey.

El recién llegado contestó.

—*Cuchaufé*—que en lengua triquiquina quiere decir:

—Hay novedades.

—*Jegay!*—dijo el rey dando un salto; que es lo mismo que si dijéramos nosotros *Mecachís!*

Y llevado por su natural amor y por la sorpresa que le causaba la visita del jefe de aduanas, cogió por las piernas al principito recién raspado y se lo tiró á la cabeza al celoso funcionario.

—No hay motivo para alarmarse—murmuró éste.

—Habla pronto—replicó el rey rompiéndole una piedra de dos libras en la cabeza.

—Señor, ¡Dios es grande!

—No me opongo, pero habla.

—El mar ha arrojado á tu isla un objeto para nosotros desconocido.

—¿Es cosa de comer?—interrumpió el rey relamiéndose como un insensato.

—Lo ignoramos. He dado órdenes por si acaso para que nadie lo pruebe.... Hélo aquí.

Y al decir esto, el jefe de aduanas señalaba á un grupo

de indios que conducían en hombros un baúl mundo.

Si aquella gente hubiera tenido un poco de ilustración, comprendería á las primeras de cambio que aquello era un baúl procedente del buque naufrago; pero ya hemos dicho más arriba que los indios de la isla de Triquiquin ejercían de salvajes.

El rey vió el baúl y lanzó un grito de sorpresa. Después se acercó recelosamente y quiso tirarle un bocado; pero moviendo la cabeza con desconsuelo, dijo á media voz:

—¡No es comestible!

Para dar pruebas de su dolor por la contrariedad regia, todos los súbditos allí presentes comenzaron á morderse los puños; después introdujéronse unos palitos por las ventanas de la nariz hasta sacar sangre, y rompieron, por último, á llorar como unos desesperados.

Entonces el rey dijo con voz de trueno:

—Llamad á Imbo.

Imbo era el sabio más grande de toda la isla. Presidente de la academia, callista, juez, químico de cámara y barbero. Todas estas profesiones y algunas más ejercía en Triquiquin el esclavizado Imbo.

Diez minutos pasaron, que invirtió el rey en oler el mundo y en pasarle la lengua por la

cerradura. Después montó en uno de sus vasallos, y se hizo conducir á la cámara regia.

Imbo estaba allí con los ojos fijos en la techumbre y los pies metidos en una especie de jofaina, hecha de corteza de árbol. Es la manera de meditar que tienen los sabios de Triquiúin.

Cuando vió el baul dió un salto, y fué á colocarse debajo de un laburele, en señal de sorpresa.

—¿Qué es esto, Imbo?—le preguntó el rey mordiéndole en el dedo gordo del pie derecho y mostrándole el baul.

Imbo meditó de nuevo. Después fué á sumergir la cabeza en una infusión de cochi lilla y palo de campeche para refrescar las ideas, y asiendo al rey por el cogote en señal de profunda veneración, le habló así:

—Sea animal ó mueble, planta ó piedra, ese objeto debe ser destruido para que sepamos lo que contiene.

Y comenzó á golpear el baul con el hacha que usaba para cortar los callos regios.

Diez minutos después, la corte entera contemplaba con asombro varios trajes de señora, manteletas, sombreros, enaguas, y otras prendas femeninas.

Era el equipaje de una viajera náufraga.

Imbo cogió un sombrero de terciopelo color salmón, y se lo puso al rey diciéndole:

—Este adorno hermoseará tu rostro, bello de suyo.

Después colocó sobre los angostos hombros, una manteleta de encaje.

El rey comenzó á dar saltos de júbilo, y á lanzar gritos silvestres, pero expresivos.

—¡Oh!—exclamaba en aquel momento el sabio Imbo.

Y todos los circunstantes palidiecieron.

Imbo había extraído del fondo del baul un magnífico *polisson* de crinolina, montado sobre aceros, y lo contemplaba con asombro.

El rey se acercó al sabio, y le dijo:

—¿Por qué palidieres? ¿Por qué tiemblas?

—Señor—contestó el interpellado—desconozco el uso que puede hacerse de esta prenda.

Y seguía dándole vueltas al *polisson*.

Un magnate de la corte lo cogió con ambas manos, y comenzó á moverlo en todos sentidos; después dijo al sabio.

—Esto debe servir para darse aire.

—No—añadió otro de los allí presentes.—Este objeto se hizo para defender la cabeza contra los rayos del sol.

—Tampoco es eso—interrum-



—Oye, hermano, ven acá:  
¡asa un ratito.

—No paso.

—Anda, que no te harán nada.

—'Por aí acaso!

pió un tercer personaje.—Sirve para atarlo al cuello, á fin de no mancharse mientras se come.

Imbo se puso á meditar, y el rey estaba ya á punto de disponer que les cortaran la cabeza á todos por no haber sabido descubrir la verdadera aplicación del utensilio, cuando por primera vez en su vida tuvo una idea.

—Nómbrese una comisión de sabios del país que estudien el asunto, y que emitan su luminoso informe—dijo abrochándose la manteleta.

Y desapareció tras una cortina hecha con piel de caimán y color de gallo indio.

\*\*\*

Es muy posible que todos los sabios de Triquiquin no lleguen á conocer nunca la verdadera aplicación de aquella prenda misteriosa.

Porque á nadie más que á una mujer, ha podido ocurrirle la idea de inventar un aparato para desfigurarse por detrás.

LUIS TABOADA.



# Scotill's

Ya vuelven de los baños  
caricontritos,  
los que á los baños fueron  
como otros años,  
unos á darse tono  
de señoritos  
y otros por la costumbre  
de tomar baños.

\*\*\*

¡Qué historias permanecen  
en el misterio  
del mar á las orillas  
desarrolladas,  
al rumor de las olas,  
bajo el imperio  
de las fuertes pasiones  
desordenadas!



¡Si hablaran las glorietas  
de los vergeles!  
¡Si hablaran de las rucas  
las cavidades!  
¡Si hablaran los rincones  
de los hoteles!  
¡Si hablaran las verdosas  
oscuridades!



Pero los héroes todos  
de esas historias,  
ya los sitios aquellos  
abandonaron,  
y conservando dulces  
gratas memorias,  
ni una señal, discretos,  
allí dejaron.



No todas, sin embargo,  
fueron discretos,  
pues hubo algún marido  
que, usando leales,  
cierta aventura digna  
de dos sonetos.

menos él la sabían  
todas las gentes!



Despierta unos estímulos  
la mar bravía,  
con los vahos que su masa  
líquida alienta,  
que hay quien va de persona  
con alegría  
y vuelve con cencerro  
sin darse cuenta.



A cualquiera de estos  
se le pregunta:  
—¿Vienes bien de los baños?  
—Muy satisfecho.  
—Pues mil enhorabuena;  
¿y la conjunta?  
—¡Las pulverizaciones  
la hacen provecho!



Ya regresando muchos  
van a sus lares,  
a pasar el invierno  
faltos de prendas....  
¡Ay, si hablaran las olas  
y los pinares,  
qué cosas contarían  
tan estupendas!



Hay un alcalde en un pueblo de la provincia de Albacete, que vale lo menos dos.

El hombre, que es muy amante de su familia, virtud que le enaltece, permite á unos cuantos parientes suyos que vendan la



carne de reses fallecidas, lo cual ya no le enaltece tanto como el amor á su parentela.

Pero entre que haya 18 ó 20 vecinos atacados de carbunclos por comer de esa carne y que se mueran sus parientes por no comer nada, la elección no es dudosa para él.

¡Opla por los carbunclos!

Y como allí no hay más autoridad que la suya, á ver quién es el majo que se atreve á rebelarse!

Lo que debe hacer el gobierno español, digo yo, es mandar un ministro plenipotenciario á los dominios de ese alcalde para amparar las vidas de los españoles que residan en aquel territorio.

¡Sálvese, al menos, el derecho internacional!



Del pueblo de Cigales,  
Valladolid), ha poco se ha fugado  
una muza de veinte años cabales,  
de cabello rizado,  
de ojos negros muy grandes y muy vivos  
y otros encantos muy provocativos.



En Zamora, otra chica encantadora  
de diez y seis abriles,  
de su paterno bogar huyó á deshora,  
y la buscan en vano los civiles!



Se fugaron de Osuna  
también, no sé si en carro ó en birlocha,  
ó á pie, al fulgor de la serena luna,  
dos señorilas; una  
de quince abriles y otra de diez y ocho;  
*la cual* que dicen que ambas señoritas  
son archi-relrecheras y bonitas.



Las cuatro y muchas más que de otras partes

se han fugado también, pues actualmente  
 cada lunes y martes  
 hay chicas que se fugan fácilmente,  
 andarán por montañas y llanuras  
 en busca de aventuras  
 y ni una me ha buscado todavía...  
 ¡Qué desgracia la mía!



En Málaga se ha desarrollado una epidemia de dolores de muelas, según dice un periódico.

Para esa epidemia hay un preservativo muy eficaz.  
 Usar dentadura postiza.



A propósito de dolores:

Había un señor cura en Orihuela  
 que sufría bastante de una muela,  
 y le dijo un doctor de los mejores:  
 —Le envidio á usted, amigo, sus dolores.  
 —Así pudiera hacer la trasferencia.  
 —¿De qué?

—De la dolencia.

—¡Vaya un par de pistolas!  
 No hablo de los dolores; ¡de las Lolás!  
 ¡Eran dos hermosísimas criadas  
 que servían al cura asalariadas.



¡Hombre!

Un carretero de la Hiniesta, (Zamora) ha inventado un velocípedo inverosímil.

¡Figúrense ustedes que es de movimiento constante!  
 Las pruebas se van á hacer en Zamora un día de estos.  
 No sé yo qué pruebas van á ser.

Supongo que de la constancia del movimiento no serán.

Porque habría que estar presenciando la prueba hasta la consumación de los siglos.



Mucho m : mira. Qué apue tan uste les á que le escamoteo algo?...

¡Claro! ¿Cómo se convence uno si no, de que el velocipedo se mueve constantemente?

¿O es que el inventor lo pára cuando se le antoja?

En este caso, también es constante el movimiento de una manuela.



Ha descubierto un doctor,  
aficionado á las flores,  
una prodigiosa flor  
la cual cambia de colores.  
¡Córcholes! ¿Y eso le extraña  
al tal doctor extranjero?  
¡Pues eso lo hay en España,  
aunque no en *flor en romera!*



Devolvamos la honra al distinguido bandolero de la Isla de Cuba, Manuel García.

El hombre, para que nadie tenga derecho á llamarle infame, ha dirigido un comunicado, por supuesto sin ortografía, á los periódicos diciendo que ha escrito la tercera y última carta al administrador de la empresa de Villanueva, pidiéndole 43.000 pesos oro y que si no se los da, empieza á descarrilar trenes de carga y pasajeros, húndase quien se hunda!

Vamos, ¿se quiere más honradez y más nobleza de sentimientos?

No, no merece el dictado de infame aunque reviente á media humanidad.

El infame será el administrador de la empresa Villanueva, por no enviarle los quince mil pesos que pide.

¡Demasiado hace don Manuel, que avisa que va á descarrilar los trenes para que nadie se ponga en camino!

¡Oh corazón magnánimo y honesto  
sencillo y virtuoso!

Si te llaman infame después de esto,  
¡será algún envidioso!



Un paleta en la bahía,  
ante un paquete frances  
preguntó qué años tenía,  
y le dijeron que tres.

—¡Tres años y tan crecido!  
exclamó:—¡Vaya un medrar!  
¡Cuando veinte haya cumplido  
no vaya a caer en el mar!

JOSE ESTRADA.

## INCONVENIENTES.

Cuando era yo niño—¡ay!!  
han pasado muchos años desde  
entonces;—cuando era yo niño.  
Vuelvo á decir, las niñas (que  
serán ahora, si viven, respeta-  
bles abuelas) cantaban en corro:

«Yo no soy buena moza  
ni lo quiero ser;  
porque las buenas mozas  
se suelen perder  
en las botillerías,  
fondas y cafes.

Etc., etc.»

De la antigüedad relativa del  
cantar es prueba evidente el  
hablarse en él de *botillerías*, es-  
tablecimientos que la genera-  
ción actual solamente de nom-  
bre conoce; y bien será, antes

de pasar adelante, que fijemos  
nuestra atención en el hecho  
de que ya por aquella época  
*solían perderse las buenas mozas*  
en determinados sitios públi-  
cos, exactamente lo mismo que  
ahora, porque, como decía el  
lego del cuento, escribiendo al  
padre guardián:

«En esto de la... merienda  
no hay enmienda.»

Yo, parodiando el canto de  
mis contemporáneos, digo á us-  
tedes que no soy personaje po-  
lítico, ni lo quiero ser, en bue-  
na hora lo diga, porque fuera  
de que también los políticos im-  
portantes *se suelen perder*, si no  
precisamente en las botillerías,  
porque ya no las hay, en los  
salones de conferencias, ó en  
las antecámaras de los ministerios,

ó en los pasillos de los palacios; soy amigo, como D. Frutos Calamocha, de andar moro.

Pues no es lo peor del caso eso de perderse, porque á la postre, el que no se quiere perder no se pierde, como sucede á las buenas mozas; lo peor de la notoriedad es precisamente lo contrario, lo de no poder huir á las investigaciones de la curiosidad aiena. Ahora, por ejemplo, ahora mismo tenemos el caso de la emperatriz de Austria... ha querido viajar de incógnito, de riguroso incógnito, por Europa; ha adoptado varios nombres, distintos títulos, como si dijéramos, diferentes disfraces; pues bien, no ha logrado sus propósitos, ¿qué ha de lograr? Los noticieros la seguían muy de cerca, y no podía dar un paso, ni tomar una determinación sin que al día siguiente estuvieran enteradas de la determinación y del paso todas las personas que leen periódicos en el mundo, y muchas que no los leen, pero los oyen leer ó se enteran por los que los han leído.

Por supuesto, que á la inmensa mayoría, á la casi totalidad de esos lectores, les importa de lo que hace y determina la emperatriz de Austria, lo mismo que á mí de lo que sucede en la estrella *epsilon ursæ minoris*, si es que allí sucede

algo, que algo sucederá; pero ellos lo saben, se enteran y se quedan tan satisfechos, á reserva de olvidarlo al siguiente día para pensar en lo que dice Boulanger, ó en lo que come Bismark.

Miren Vds. que es tristísimo, quiero decir debe de serlo, porque yo no lo sé por experiencia propia, ir uno á Santander, ponga por caso, ó á Fuenterrabía, ó al infierno, que el sitio poco importa, á proporcionarse algún día de descanso y de esparcimiento, y hallarse con que ni aun allí le es lícito el reposo.

Que hay quien le acecha para averiguar lo que desea; que hay quien le asalta para preguntarle qué piensa; que hay quien le sigue para escuchar lo que habla, y que á las pocas horas aparecerá en los periódicos de más circulación:

*«En lo que pasa el rato Cánovas del Castillo»; «Lo que piensa Martos», «Lo que haré Sagasta»,* y así sucesivamente, y... hasta llegar ¡oh temporal! á los viajes de Fabié, que si ha de hablarse con franqueza... es, entre lo poco importante, lo menos importante que que yo conozco.

Por supuesto, que los que dan esas noticias y los que en ellas creen, se llevan cada chasco... Imaginense Vds. *verbi gratia* ¿qué podrá averiguar el que escribe acerca de lo que piensa

Martos?... Cristino Martos, el político de pensamiento más intrincado, más tortuoso y más impenetrable que existe en España. «*Lo que Martos dice que piensa*» habría yo titulado á mis trabajos, si, lo que Dios no quiera, hubiese caído en la tentación de meterme en esas honduras.

¿Y qué me dicen Vds. del que ha escrito un artículo titulado: «*Lo que hará Sagasta?*» «*¿Lo que hará Sagasta!!*» Pero, señor, ¿quién sabe eso?... Ni el mismo.

Seguro, segurísimo estoy de que D. Práxedes, si ha querido ser sincero—que no suele serlo, aunque á primera vista lo parece mucho—habrá contestado á los que le preguntasen lo que haría, lo mismo que contestó á sus examinadores el graduando del cuento: tratábase, á lo que parece, de destituir á cierto aspirante á presbítero que había hecho muy buenos ejercicios, y uno de los jueces del tribunal le preguntó:—¿Qué sería lo primero que haría V. si en el preciso momento de consagrar penetrase un toro en el templo?—Señor—respondió el ordenando, sin perder su serenidad—lo primero que yo haría sería asustarme... después, no sé lo que haría.

Pues eso habrá pensado de hijo Sagasta: «Mire V., lo primero que haré será descansar y bañarme... Después... después,

yo no sé lo que tendré que hacer.»

Es claro, Sagasta, como casi todos nuestros hombres políticos, irá como el loro del portugués, adonde «*a tereu*».

Eso es, adonde le lleven los acontecimientos; pero no lo duden Vds., eso de la celebridad y de la importancia:

Aunque la envidien las gentes, no deja de tener inconvenientes.

A. SANCHEZ PÉREZ.

## ESTILOS.

JACKSON VEYAN.

Mi querido Director:  
Héteme, cual otros años, tomando duchas y baños por prescripción de un doctor, en esta tierra preciosa, donde todo es poesía ventura, paz y alegría... por no decir otra cosa. Aquí todo es de primera: el jamón, el escabeche, el chocolate, la leche, el pescado, la ternera, el agua, el sol, el paisaje, el clima, el aceite, el pan, las frutas, el mazapán, el cielo y el paisanaje. Y si bien es cierto, que el vino que aquí se manda, no es el vinillo de Arganda que tantas veces probé;

tiene mi amigo Prosapio  
una sidra tan gustosa,  
que no se lleva gran cosa  
con el más rico morapio...

—

Además, aquí se pasa  
la vida muy divertida:  
sobre todo, si la vida  
se toma y practica en guasa;  
y hoy aquí, mañana allá,  
en horricos matalones,  
se realizan excursiones  
con la gente que *aquí está*,  
para admirar las bellezas  
de este vergel encantado...  
por todas partes cuajado  
de pinares y malezas.  
Vergel digno de—y no es grilla—  
de ser pintado al pastel  
por mi buen amigo el  
dibujante Ramón Cilla.

—

Pero veo que me extiendo  
demasiado, y no quisiera  
que la gente se creyera  
que estoy un reclamo haciendo,  
en honor de mi fondista,  
y por mor del egoísmo...  
siendo así *que hoy*, la mismo  
que otro cualquiera la lista.  
Por lo tanto, pongo punto,  
estampo la firma mía,  
y dejo para otro día  
el hablarte de este asunto.

♦♦

PÉREZ ZUÑIGA.

—

Jacinto López Tostones  
y su esposa Inés Revilla,

tienen un suegro en Sevilla,  
un primo en Terrelodones,  
una cuñada en Pamplona,  
dos cuñados en Jerez,  
una prima en Aranjuez,  
un sobrino en Barcelona,  
un compadre en Puertollano,  
un tío en Almonacid,  
diez sobrinas en Madrid,  
y en Béjar un primo hermano.  
Además, tienen también,  
un pariente en Fregenal,  
tres tías en *La Bisbal*,  
dos abuelos en Jaén,  
una cuñada de un tío,  
maestra en Navacerrada,  
y una sobrina casada  
con el juez de *Miralcas*;  
un amigo Magistrado,  
otra amigo Relator,  
otra amigo Senador,  
otra amigo Diputado,  
y un pariente de influencia,  
que a su vez, es muy amigo,  
de un zapatero de Vigo  
y el albeitar de Plasencia.

.....  
Pues todos esos parientes  
y amigos de los Tostones,  
hacen bien las digestiones  
y tienen blancos los dientes.

ANTONIO LIMIXIANA.

—————

## LIBROS.

VIDA MODERNA.

(CONCLUSIÓN).

Como indica bien á las claras  
el título del libro de que me



ocupo, costumbres reproduce su autor en los artículos que lo forman.

De pasada, nada más que de pasada, recordaré lo que es tan difícil género, pues si bien ya otros lo han dicho—muy lindamente por cierto—la cosa viene á cuento, y no están los tiempos para dejar escapar la ocasión.

Estudiar á conciencia el hombre y la sociedad de su tiempo, es una de las primeras obligaciones del escritor de costumbres. Establecer un paralelo entre lo que es y debe ser ese conjunto de racionales—al parecer—buenas todas á carta cabal colectivamente, pero que individualmente son groseros, egoistas, viciosos y cuanto hay que ser; es su deber. Presentar lo observado sin pizca de intriga, á fin de que aparezca de hulto, y trazar pequeños cuadros con animación y aparente ligereza de estilo, es de cajón; y salitizar las costumbres, que siempre presentan un lado llano, es lo que necesita hacer el autor que dedica su mucho talento—las medianías se quedan en Paul de Kock—á tan delicada labor. Luego, ya se sabe, necesita tener gusto delicado, mucha filosofía, conocer á fondo la vida—que cuanto más se la estudia menos se la conoce—y ser un buen satírico.

No ha de ser su sátira fría ó académica como la de Boileau, que maldito si corrige; ni tan didáctica como la de Juvenal, agria con exceso; ni tan libre como la que en tiempos de Quedo se admitía; ni tan mística y rebuscada como en Zabaleta, que es un puro sermón, pueril y cándido. Como la entendían Larra, sin ser tan virulenta y fatalista; Mesonero Romanos, sin ser tan tímida, y á mi ver como la comprende y emplea Pereda en sus notables cuadros de costumbres montañesas, es como hoy conviene cultivarla.

El estilo ha de ser muy ligero—aparentemente—hermanándolo con una profunda observación y exactitud bien calculada en el efecto burlesco ó parodiante, y en cuanto al color, debe ser fuerte para la impresión, si se lo, pero no chillón ó enfermizo, como el de algunos coloristas que no nombro, por tenerles reservado un artículo que escribiré. Dios y mi humor medianles.

El señor Osorio y Gallardo, tiene en su libro trabajos muy malos, pero muy malos. En cambio tiene artículos como *La modelo*, que es un cuadro de costumbres de mucho color y profundo por las observaciones que lo esmallan, y otros como *La capa*, *Los buñuelos* y *La mantilla*, pensados lindamente, escri-

tos con gracejo, y hasta puede decirse que apurados los asuntos.

En general, tiene el libro un defecto que apuntaré al señor Gallardo, valgan para él lo que valieren mis observaciones.

Los más de los artículos que lo constituyen, no son de costumbres. Si acaso, son al modo de aquellas especies de crónicas aristocráticas que escribía Alarcón en sus buenos tiempos. No tienen ni pizca de sátira, ni de filosofía, y á mucho estirar, concedo son descripciones ingeniosas sin sustancia, que se leen con agrado, pero no artículos de costumbres.

El estilo es más retorcido que las columnas salomónicas. Tiene exceso de color, y esto si el señor Gallardo no lo remedia, puede resultarle alambicado, desmayado y laso su modo de decir las cosas, lo que sentiría. Quién ha escrito *La niebla*, sobrados alientos y disposiciones posee para pulir la frase sin

dislocarla, y quien como él demuestra tener buen gusto y buen sentido, puede escribir buenos cuadros de costumbres, de lo que estamos hoy muy necesitados.

Eso de aparecer tímido—acaso por no faltar á la buena educación—y lo de no ver las cosas más que por su lado poético—como le sucede al señor Gallardo—siendo así que siempre tienen un punto cómico ó enfermizo, es pecar por carta de menos, y cuando se intenta reproducir la vida de las gentes del día, hay que pecar por carta de más. El escritor de costumbres aplica cauterios á las heridas, no perfumes.

Deseche escrúpulos el señor Osorio y Gallardo, pues para ser escritor de costumbres, es joven; puede tener abundante lectura con el tiempo, y quién sabe si acertar de pe á pá. Su libro *Vida Moderna*, es un ensayo apreciable, nada más que un ensayo. ALONSO Y ORERA.

---

## MISCELANEA

---

LIBROS: *La Comedia Humana*, cuaderno 6.º; publicación semanal que cada día obtiene mayor aceptación. Consta de 32 páginas ilustradas con infinidad de dibujos á varias tintas.

Precio 15 céntimos.

*Despojos de una pasión*, monólogo dramático, original y en verso de José Soto y Pedreño, y estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Maiquez, de Cartagena.

Precio una peseta.



La cuna de mis amores  
fueron tus ojos, serrana,  
y tu corazón de piedra  
sepulcro de mi esperanza.



Si me muero antes que mueras,  
le he de pedir al Eterno  
una ventana en las nubes,  
para verte desde el cielo.      JUAN ORTEGA GIRONÉS.



Entre dos andaluces:

—Oiga usted, compare, ¿y aquella mula que estaba usted *enseñando* á vivir sin comer?

—¡Calle usted, hombre! ¿Se murió la indina cuando ya iba *aprendiendo*!



#### COMENTARIOS.

—¿Qué le ha ocurrido á la Paca?

—¿Qué Paca?

—*Pas* la del Monas;

me la encontré en la escalera  
más roja que una amapola,  
y al darla los buenos días  
no contestó.

—No me choca,  
porque tuvo la otra noche  
un disgusto con la Lola,  
*por mor* de lo cual armaron  
más tarde la primer bronca;

y la pobre, ya ves tú,  
no tendrá humor para bromas.  
—Pus, ¿qué pasó?

—Ná; que estaban  
dándose las dos la caba,  
la Paca se sulfuró  
y le dió á la otra dos tortas  
de esas que saben á hueso....  
—¿Y Lola?...

—Verás, la Lola,  
como *tiée* tan malas pulgas,  
va y se descalza una bota,  
atizándole con ella  
un taconazo en la boca  
y otro en la cabeza que....  
debieron saberle á gloria.  
Después se armó un gran jaleo,  
con gritos y palabrotas;  
y, por mezclarse en la gresca,  
el *Andaluz* y el *Patotas*,  
salieron con arañazos  
y hecha girones la ropa.  
Fueron á la *legación*,  
donde estuvieron dos horas  
hasta que llegó don Gil,  
el concejal en presona;  
y salió fiador....

—¿Por todos?

—No, mujer; por Paca sola.

—¿Qué suerte tienen algunas!

—Y esa mucho más que otras;  
pero ya sabes por qué es....

—Porque es honrá.

—Sí.... ¡lo compra!

JUAN RISCOÑ.



—¿Tienes apetito?

—Sí.

—Pues mira, vamos á que nos den algo de comer ahí en el número 14.

—¿Es la casa de juego?... ¡Quita, hombre!

—No seas tonto; cuando yo lo digo sé por qué es; esta mañana salían dos diciendo que se daban judías.

# Epigramas

A un militar muy cobarde  
quiso Juan darle un disgusto;  
le vió y le dijo:—¡Adiós, *César*!  
y dijo el otro:—¡Adiós, *Bruto*!



Respóndame sin ficción  
á lo que yo le pregunte  
(le dijo el juez á Ramón :  
—¿Cuál es su arte ó profesión?  
Y él respondió:—¡Transeunte!



Perdió al fin de su viaje  
un bullo cierto viajero,  
y entre airado y lastimero  
al reclamar su equipaje,  
decía haciendo un insulto  
á la moral y á la empresa:  
—¡Yo no me voy de esta mesa  
sin que me busquen el bullo!

EUSEBIO BLASCO.



Queriendó un día probar  
si más podía el amor  
que la virtud en Pilar,  
la pedí.... cierto favor,  
que no me quiso otorgar;

y, aunque de ella complacido  
 quedé por su proceder,  
 exclamé como ofendido:  
 —¿Por qué niegas lo que pido  
 si mi esposa vas á ser?

Y ella replicó turbada:  
 —Perdóname, dueño mío;  
 pero, en eso confiada,  
 he sido tan chasqueada.....  
 que ya de nadie me fio.



Aunque no tiene memoria  
 pesada, ni menos lista,  
 el amante de Victoria  
 dice que es *memorialista*.

M. MARZAL Y MESTRE.

## Correspondencia particular.

M. A.—

«Tus ojitos, morenita  
 van *ha* ser mi perdición,  
 porque me causan envidia  
 el ver lo negros que son.»

Pues hombre, si le dan envidia sólo por eso ¿para qué se ha hecho la tinta china?

*Ali Fhá Fhes*.—No hay de qué. Lo hice más por V. que por mí, pues el público ya los había visto con mi firma. Los epigramas de hoy no son aprovechables. Mandar.

J. R.—Madrid.—Demasiado

sería y con muchas incorrecciones.

*Aristóteles*.—¡Vaya por Dios! Esta vez tampoco. Veremos en otra ocasión.

*Pichichi*.—Barcelona.—¿Conque á peseta el cantar? Pues mire V. lo que son las cosas: aunque me los pagara V. á duro no le publicaba ninguno.

J. R. O.—Usted sirve para el caso, y le garantizo que pronto verá algo suyo en EL MUNDO ALEGRE, si cuida V. un poco más lo que escriba. Le recomiendo no imite á Zúñiga; se le ha imitado ya mucho y no siendo una cosa superior, no resulta.



Me fastidian las mujeres que escriben sin ortografía. ¡Mire V. que la mía ponerme sin *h* las *hostas*!...